

cionario de la Crusca, espanto de los pedantes, burla de las personas frívolas, admiración de los que conocían su objeto y uso. Era el primer diccionario que se había hecho de una lengua viva, y aunque persuadidos de que el idioma de una nación es un dialecto elevado á la dignidad de lengua escrita, y que en Italia ninguno era más digno de este honor que el florentino, los académicos no se contentaron, como después los Franceses con el de Paris, con dar todas las voces de la lengua vulgar toscana, sino que las apoyaron además en ejemplos. Duraba aun el tiempo de la autoridad: los filólogos, ocupados en buscar el valor de las palabras latinas, no podían decidir sino en vista de ejemplos escritos; la dilucidación de los clásicos era el objeto de gran número de obras, de muchas academias, y singularmente de la florentina. Los académicos de la Crusca acompañaron, pues, de textos cada una de las palabras y sus diferentes significados, llevando la idea de dar autoridad á los giros y aclarar el sentido de los autores.

Pero como toda la lengua no se encuentra en los autores, y si solo la menor parte, acudieron aquellos académicos á los escritos en que abundan por lo común los términos de uso familiar, como libros de cuentas, borradores y otros papeles domésticos. Se hizo más; algunos se pusieron á componer obras con el objeto preciso de insertar en ellas voces no autorizadas por ejemplos escritos. De este número fueron la *Fiera* y la *Tancia* de Bonarrotto. ¿No hubiera sido más breve escribir el catálogo de las mismas palabras, tales como las pronunciaba el pueblo? Yo lo creo así; y en mi dictamen, esta es una hermosa tarea reservada á algún Toscano deseoso de ofrecer, no un vocabulario voluminoso al alcance de un pequeño número de personas, sino un libro usual, asequible á todos. Sin embargo, tal como fué hecho por los académicos, tiene el mérito, muy importante para aquella época, de explicar á los clásicos. Los autores de que se tomaron los ejemplos eran toscanos, es decir, habían escrito en este idioma, aunque no hubiesen nacido en Toscana, como Ariosto y otros muchos, y como todos procuran verificarlo en el día.

Se ha dirigido con tal motivo una grave acusación á los autores de diccionarios, cual si quisieran hacer aparecer como mérito municipal el escribir bien, al paso que se citan honrosísimas excepciones. Pero cuando el Milanes ó el Napolitano escriben sobre asuntos serios, ¿emplean acaso el dialecto de sus patrias respectivas? ¿Es posible que un Francés escriba bien en italiano? ¿y habrá de inferirse de ahí que en el vocabulario deban citarse también ejemplos de los autores franceses? Los buenos escritores lombardos y napolitanos ¿no han aprendido en los autores que han tratado de acercarse al idioma toscano? Y si alguno de ellos escribe en la lengua materna, ¿se calificará su estilo de bueno? Oigase, por el contra-

rio, al toscano más inculto; hágansele meras correcciones ortográficas, y se tendrá un italiano, incorrecto quizá en cuanto á la gramática, insulso por lo que respecta al estilo, pero puro y propio. Esta, en mi sentir, es la única solución capaz de cortar las disputas, perpetuadas por aquellos que, movidos de ruines envidias municipales, niegan á los Toscanos una indisputable gloria, si bien al mismo tiempo que se la niegan de palabra, en el hecho procuran imitarlos, y pretenden convertir el idioma en un no sé qué de áulico y cortesano, ó limitarlo á las obras de autores muertos; mientras que si quiere llamarse y ser vivo, necesita hablarse por todos, favorecer el curso de las ideas, vestir los nuevos pensamientos. Fuera del pueblo no existe progreso.

Los académicos se equivocaron á menudo en la interpretación de los autores; no siempre se valieron de textos correctos, aunque la enmienda de estos era uno de los fines que se proponían; no registraron tampoco una á una las voces de aquellos autores; dieron por usual lo anticuado; por común lo que se refería á una época ó lugar determinado; hasta insertaron errores y alteraciones, procedentes de una mala pronunciación, á fin de explicar los textos. Sobre todo carecían de gramática, porque esta ciencia estaba aun en la infancia, y tenían poca crítica, arte que acababa de nacer. De aquí resultaron verdaderas faltas que confesaron ellos mismos en el prólogo, y que han sido reparadas en parte en las ediciones sucesivas; quedan no obstante bastantes para dar amplia y fácil materia á los que han querido señalar y suplir las omisiones. Las notas llenas de sensatez y agudeza que Tassoni hizo sobre el diccionario, cuando apenas acababa de aparecer, son una mina fecunda que se debe consultar, y su crítica es más punzante de lo que se debía esperar de un académico. Benito Fioretti, natural de Pistoya, que formándose un nombre con tres diferentes idiomas, se tituló Udeno Nisieli, esto es, hombre que no era de nadie sino de Dios, añadió muchas notas muy juiciosas al margen del vocabulario de la Crusca (1). Esta obra permanecerá como un hermoso monumento histórico, del cual no nos burlaremos, pues la historia ha renunciado á ese modo bajo de tratar las cuestiones, abandonándolo tan solo cuando tengamos uno mejor.

Pero se requieren para esto condiciones que no son literarias.

(1) Un académico de la Crusca confiesa que el defecto principal de este es sujetarse á la autoridad de escritores antiguos, en lugar de dar la lengua viva. « El vocabulario de la Crusca tiene de particular respecto de los de Francia, España é Inglaterra, que al paso que estos son un guía seguro en sus correspondientes idiomas, el nuestro nos induce precisamente á error de diez veces ocho, y esto, porque no tenemos aun bastante ánimo para aprobar como bueno, según los demás pueblos hacen, lo que se habla en el lenguaje común y no otra cosa. » MACALOTTI.

CAPÍTULO X

Literatura italiana.

Bembo.

Más que los preceptos, más que las academias ayudan á las lenguas las obras; y fué tal la abundancia que hubo de estas en Italia, que no solo aseguraron el triunfo del idioma vulgar, sino que consiguieron que la literatura italiana sirviese de modelo á las extranjeras, como los libros clásicos de la antigüedad. La prosa iba arreglándose, y no estaba abandonada ya al acaso y la inspiración; los escritores de mejor nota renunciaban á la afectación latina. Se pretende que es de gran mérito la canción que compuso el cardenal Bembo, hombre de vasta erudición, eminente en las letras, y uno de los que primero conocieron la importancia de las medallas: dan por muy buenos la canción á la muerte de su hermano, y los sonetos dedicados á la memoria de la Morosini, madre de sus hijos; pero mi corazón no está de acuerdo con tal dictamen. En la historia del momento más lleno de peligros para su patria (1487-1513), se muestra narrador superficial; ajeno á los negocios del Estado, no le fué posible animar la narración con el interés que da la verdad, y si á veces pinta bien, jamás penetra hasta hallar las causas recónditas; de suerte que una gaceta no podría ser más frívola. El mismo la escribió en latín y en italiano, y nosotros le colocamos en este sitio más bien que entre los historiadores, porque su mérito consiste en la elegancia acompañada y en vestir ideas nuevas con expresiones antiguas. Tales son sus *Asolani*, razonamientos en la quinta de la reina de Chipre, cuya conclusión es animar á los jóvenes á amar.

Caro.
1503-61.

Monseñor Juan Della Casa escribe en un estilo muy culto, y cual conviene á los preceptos de buena educación; pero como obra moral no nos parece gran cosa el *Galateo*, que más complaciente que recto, confunde la cortesía con la moralidad, y hace consistir toda importancia en los actos exteriores que solo valen cuando proceden del corazón. Pierde mucho tiempo enseñando á referir sucesos imprevistos y novelas á la sociedad, arte principal de la conversación culta de la época. El libro de los *Oficios* enseña el modo de atraerse el afecto de los magnates para conseguir honores y fortuna. No siendo posible elogiar en su poesía la dulzura, alaban la nobleza de sus pensamientos y sus vivas imágenes. El papa le confió el proceso de Vergerio, obispo apóstata, el cual, habiéndose refugiado entre los protestantes, le respondió dirigiéndole furiosos ataques, á que daban sobrado pie ciertos capítulos lúbricos de sus obras que le impidieron « cambiar el capelo verde por el rojo. »

Sus discursos son considerados otros tantos tipos de grandilocuencia; pero ¿cómo persuadir de aquella manera? Agréguese la variación de sentimientos sin guardar ningún concierto, de

forma que en uno hace el panegírico del mismo Carlos V, á quien había mostrado en otros dos como la peste de Italia y la ruina de la libertad (1); en aquel confunde hasta la justicia con la voluntad de dicho príncipe (2), en este exagera su anhelo de invadir la hacienda ajena; y después de haber predicado sobre la emancipación de Italia, exhorta para que se reduzca á Siena al dominio de la familia Caraffa.

Entonces se hacían discursos con cualquier motivo; pero ¿cuál de ellos puede presentarse como modelo de verdadera elocuencia? Ni un buen predicador se distinguió en medio de tan grande esplendor literario. Fray Jerónimo Savonarola siguió una senda severa; es impetuoso, y de vez en cuando tiene movimientos de verdadera elocuencia; más faltaba el arte, y á menudo convierte el púlpito en tribuna. Queda de él un millar de discursos profanos; pero ¿quién los lee? Se necesita valor para saborear los de

Orado-
res.

(1) « No podría asegurar, serenísimo príncipe, quiénes son en mayor número, si los que no conocen el poder y la codicia del emperador, ó los que conociéndolos y reputándolos grandes y asombrosos, se quedan atónitos, como los niños que despiertan de noche en medio de la oscuridad, llenos de temor callan y no piden auxilio á nadie, cual si el emperador debiese, si chistan ó se mueven, tragárselos y devorarlos inmediatamente, y no ántes. »

¿Qué quieren decir tantas vigiliat, tanto gasto, tanto trabajo, tantas fatigas del emperador? ¿Qué fin ó término se propone? ¿Acaso es otro que el de enseñorearse de Italia y del universo, dilatar su poder y dominio, y extender los confines del mundo mas allá del punto á que alcanzan hoy, según escribe en sus banderas?...

Seguros estamos de que ningún pensamiento, acto, paso, ni palabra del emperador llevan otro objeto, ni él se cuida de mas nada que de quitar, ó como algunos dicen, de recobrar los Estados, las tierras y las ciudades de los príncipes vecinos ó lejanos, y darlas ó devolverlas al imperio: á esto se reducen todos sus gocees, en esto se cifran todos sus consuelos. Tales son sus cacerías, sus aves, sus bailes, sus olores, sus amores, sus apetitos carnales, sus delicias...

Aquí tenéis, serenísimo príncipe, los misericordiosos y magnánimos hechos del emperador, por los que tanta gloria le atribuyen sus parciales: matar á los reyes que todavía no han nacido, ni han sido siquiera concebidos ó engendrados, ni deberán concebirse; á las afligidas ciudades que se echan en sus brazos, y que acuden á él en busca de auxilio, extraer su sangre, debilitar los espíritus, vender la verdadera libertad de que ellos le han hecho depositario y custodio; mas aun, falsearla, contraheerla, acuciárla mal...

Acordáos, pues, serenísimo príncipe, de que la misma lengua y pluma, que artificiosamente os atrae con su falsedad, mandó quemar á Roma, los altares, las iglesias, las santísimas reliquias, é hizo traición al vicario de Cristo, y hasta al Sacratísimo Cuerpo de su Divina Majestad, entregándolo en manos de feroces Bárbaros y de avaros herejes; pues se triunfó de la santa memoria de Clemente con tres falsas paces y no con ninguna guerra efectiva. He visto las cartas y los documentos auténticos de dichas tres paces...

Y sus parentescos ¿cuáles son y cómo se han formado? Las tiernas caricias que hace á su familia se reducen á empaparse las manos en la sangre del abuelo de sus sobrinos, á arrojar á los perros al suegro de su hija, después de asesinarle, á expulsar del Estado á su misma progenie inocente...

¡Oh infeliz, desgraciada, abatida, verdaderamente ebria y adormecida Italia!

El emperador desea humillar y destruir la Santa Iglesia; tal es su firme y constante voluntad. Además de esto, durándole aun á Su Majestad la ira que le causó la traición de Plasencia, no habiendo saciado todavía su cólera con la sangre de aquel desdichado duque, desea también privar de la vida y el espíritu á Su Santidad, y quiere igualmente arrojar del Piamonte y de Francia al rey cristianísimo, arruinarle y matarle: propósito de que no se ha separado jamás, por ningún accidente, ni bajo concepto alguno...

(2) « Y aunque pueda ser á los ojos de alguno claro indicio de la justicia de esta obra (la ocupación de Plasencia) el ser vuestra y el haberla vos ejecutado... »

Leonardo Salvati, tal es la abundancia de palabras ociosas y la confusion de miembros grandes y pequeños. Speron Speroni tomó por modelo á Ciceron. Alberto Lollio pretendió coger esta palma que faltaba á Italia, pronunciando arengas de una elegancia extremadamente fria, siendo con frecuencia imaginarios sus asuntos, y estribando en el sosten escolástico de figuras retóricas y lugares tópicos, uno despues de otro; de suerte que dan muchos ejemplos á los preceptistas y un fastidio invencible á los lectores.

Sería grato tener los discursos de que se valian los oradores florentinos y venecianos para excitar á emprender lo que convenia á la patria; pero los que se encuentran en las narraciones de Bembo, Nardi, Varchi y Guicciardini, son ejercicios de arte á compas, sin movimientos espontáneos y maleados frecuentemente por la imitacion. Hay mas verdad en Bartolomé Cavalcanti, y por lo mismo mas fuerza. Añádase el discurso de Juan Busini al duque de Ferrara en favor de los fugitivos de Florencia perseguidos por Clemente VII; el de Jacobo Nardi á Carlos V sobre las tiranías del duque Alejandro, y si se quiere, la apología de Lorenzino, y se tendrá toda la elocuencia política de aquella época, última en que fué permitido hablar.

El no haber surgido un grande orador fué una de las causas principales de no tener los Italianos una prosa nacional, así como tienen una poesía; prosa que en todos los escritores apareciese única por lo que respecta al fondo, variando de color segun variase de materia, de persona, de estudios; prosa que aprobasen los doctos y de que gustase el pueblo por encontrar en ella sus formas adornadas elegantemente, sus palabras dispuestas de una manera artística: contentándose con poseer una lengua culta, empleada á menudo en escribir necedades y mas á menudo muerta, y otra lengua viva, pero que solo se emplea en cosas frivolas, en comedias, en novelas, rico tesoro de bellos modismos, de pasajes enérgicos, de frases propias y penetrantes.

El deplorable uso que Boccaccio hizo de la lengua del Dante y el Petrarca, tuvo demasiados imitadores; de suerte que los novelistas italianos son una cloaca. Juan Sercambi, natural de Luca (1424), figura en la peste de 1374 que una compañía de personas pertenecientes á todas las clases de la sociedad hace un viaje por Italia, distrayéndose con ciento cincuenta y seis novelas obscenas en su mayor parte y todas de estilo incorrecto. La *Filena* de Nicolas Franco fué reputada un momento como superior al *Decameron*, y luego cayó en el olvido. Juan Saladino de los Arienti, natural de Bolonia, escribió setenta novelas *Porrettane*. Giraldo Cintio con sus *Ecatomiti*, narrados por jóvenes que se dirigian á Marsella, huyendo del saqueo de Roma, pretendió enseñar la moral y no tuvo lectores; sin embargo, ha suministrado asuntos á algunas composiciones de Shakspeare. Sebastian Erizzo

compuso seis *Jornadas* de relatos prolijos, aun que en ellas se encuentra mas correccion. Lasca (1503-83), farmacéutico florentino, además de comedias escritas en candidísimo lenguaje con escasa intriga y pésima moral, compuso las *Cenas*, en que cinco mancebos y otras tantas mujeres á quienes un aguacero obligó á entrar en casa de una dama, pasan la noche refiriendo novelas: el autor convierte en desdenosa risa hasta el interes trágico que sabe despertar. Agnolo Firenzuola, monje vallumbrosano (1493-1548), cuya conducta dicen fué irreprochable, se muestra en sus extravagantes escritos apasionadísimo de la belleza femenil, sobre la cual compuso un tratado lleno de pormenores deshonestos y de sueños cabalísticos. En una reunion hace discursar acerca del amor y contar novelas obscenas delante de la reina de su corazon... hermosa y púdica como ninguna. Hasta en boca de los animales pone preceptos de moral, y á imitacion de Apuleyo escribe un *Anno de Oro* acomodándolo á otras ideas. Su estilo abunda en flores y gracias, y tiene una trasparencia insuperable porque lo empleó solo en frivolidades y bufonadas.

Mateo Bandello de Castelnuovo de Scrivia, general de los Dominicos en Milan, ostentó amores y cortesanas en Nápoles y Florencia; obtuvo de Francisco I el obispado de Agen, y en medio de los negocios públicos, siendo ya obispo, formó una coleccion mas bien de anécdotas que de verdaderas novelas, imitando á Boccaccio. No imaginó, como los demas, alguna ocasion de reunir gente para referir novelas, sino que hizo relaciones separadas, anteponiendo á cada cual una dedicatoria llena de adulacion. Miseria y única originalidad; pues el resto se vuelve todo discursos prolijos, diálogo débil, pormenores insulsos, escasa imaginacion, y caracteres mezquinos; en una palabra, falta continua de movimiento dramático. Escribe sin gracia y en estilo bárbaro (1), siendo tanto ménos tolerable cuanto que le adorna con frases clásicas. Lo peor es el aire ingenuo de exponer desórdenes, que dieron motivo desgraciadamente á los ataques de los protestantes. Sin embargo, el marques Luis Gonzaga le confió la educacion de su sobrina Lucrecia, y monseñor se enamoró de ella, aunque platónicamente, cantándola en muchos versos y en un poema de once cantos.

Causa no ménos escándalo que maravilla la deshonestidad de muchos escritos de aquella época. Los cantos carnavalescos que repetian las máscaras son lubricidad mas ó ménos trasparente; los capitulos de monseñor de la Casa tuvieron demasiados imitadores: Fran-

(1) « Dicen los críticos que, no teniendo yo estilo, debía abstenerme de tal trabajo. Les contesto que dicen la verdad, es cierto que carezco de estilo, harto lo conozco; pero que, por lo mismo, no hago profesion de prosista. (BRANDELLO.) Mas extravagante es la confesion siguiente: « Dicen los críticos que mis novelas no son honestas... No niego haya algunas, no solo deshonestas sino deshonestísimas... Pero no confieso merezca ser censurado. Debe censurarse... á quien incurre en estos errores, no al que los escribe. »

cisco María Molza, que supera en el afecto á todos los contemporáneos, fué licencioso en su vida y escritos; el *Vendimiador* de Tansillo es obsceno, y arrepentido de ello, compuso las *Lágrimas de San Pedro*, frio como siempre.

Adolecian del mismo mal las comedias. De las latinas se tomaban los caracteres, los accidentes y la inevitable catástrofe de los reconocimientos; mezclábanse con esto las inmoralidades de los novelistas, y queriendo acomodarlas al gusto del dia, se introducian caracteres modernos que insultaban á la moral y á la religion. La obscenidad estaba expuesta á la vista y á los oídos de los concurrentes, y su imaginacion se excitaba hasta un punto apenas creible. Casi todas versan sobre una intriga lasciva: la tercera es un personaje obligado, como tambien el estafador, la meretriz, el tonto, el alguacil; caracteres genéricos, y que por lo mismo carecen de interes y de verdad. Se introducian luego otros especiales, como el Sienes que va á Roma con objeto de ser cardenal, y sabedor de que ántes necesita hacerse cortesano, va y busca el instrumento con que se forman los cortesanos (1); mujercillas que tiemblan al aproximarse el Turco; matones españoles; el Judío expulsado de España que la echa de alquimista y anda estafando; frailes que venden por cien escudos la absolucion al ladron, el cual vacila entre la bolsa, la conciencia y el sano Juicio; ó que dicen á las comadres el número fijo de los dias que un alma debe estar en el purgatorio, y cuánto se exige por su rescate. En todas se declara el propósito de hacer reir, como sucede en las máscaras que llevan la caricatura de sí propios y la exageracion voluntaria, ó bien la jocosidad arbitraria de personajes de convencion; risa en que toman parte los sentidos y la fantasia, no la razon; risa que no está fundada en la pintura evidente de la vida, en la oposicion de los caracteres y de los sentimientos. Parecen evitar con cuidado las situaciones patéticas que se originan del asunto; prefieren la relacion á la accion, y en los centenares de comedias que hemos hojeado y que son ó enojosas ó lascivas, no hemos hallado una escena, una situacion, un carácter digno de imitacion, que ni dé indicios de las costumbres de la época: únicamente se leen por la espontaneidad del habla doméstica, tan rara en los otros clásicos.

La primer comedia moderna es la *Calandra* de Bibiena, publicada en Venecia en 1513 (2). Los *Straccioni* (mendigos) de Caro, la *Trinuzia* y los *Lúcidí* de Firenzuola compensan los defectos comunes con la cultura de los autores y el diálogo de incomparable belleza. Cecchi y Gelli son celebrados por su naturalidad y aticismo. Lasca introdujo algun germen de costumbres italianas. Ariosto se separó algun

(1) La cortesana del Aretino.
(2) No en 1508, como dice Tiraboschi.

tanto de la perpétua imitacion de Plauto y Terencio, y el duque Alfonso mandó construir para él un teatro donde recitaban nobles. Aretino cede á él en gusto, tanto como le aventaja en agudeza; pero la *Mandragora* de Maquiavelo muestra que hubiera podido formar un teatro nacional el que hubiere osado abandonar las huellas de los antiguos. En breve las comedias de tipo convencional quitaron á los autores el trabajo de componer, y al auditorio la posibilidad de criticar; los arlequines y pantalones adquirieron fama europea, y el emperador Matías confirió la nobleza al arlequin Cecchini.

Al lado de cada magnate debia haber un literato, el cual desempeñaba el oficio de secretario, no solo para escribir lo que aquel le dictase, sino para inventar empresas y motes, dar ideas de pinturas ó de fiestas, y recitar versos en las solemnidades domésticas. Juan Bautista Sanga y Sadoletto escribieron las cartas de Clemente VII; Berni las de Bibiena; Tolomei las de Farnesio; Flaminio las del dattario Ghiberti; Bonfadio las del cardenal de Bari primeramente y despues las del cardenal Ghinucci; Bernardo Tasso las de Sanseverino, etc. Tal es la causa de la prodigiosa cantidad de cartas de aquel tiempo escritas en su mayor parte con una correccion y exactitud que se echan de ménos en las obras mas meditadas. Pero en las de Bembo y Pablo Manuzio se advierte la intencion de publicarlas; Bernardo Tasso emplea el estilo retórico, y está lleno de estéril abundancia; las de Claudio Tolomei y muchas de Casa son nobles, dignas, y de un artificio perfectamente velado. Jacobo Bonfadio de Saló, apreciado por Bembo y Flaminio, y hasta por el perverso Franco y por Carneseccchi y Valdes, tuvo en Génova cátedra de filosofia y encargo de escribir los anales, como lo ejecutó con elegancia latina, si bien la costumbre retórica le arrastra á largos proemios doctrinales y descripciones intempestivas. Cultísimo en ambas literaturas, mejor poeta en latin que en italiano, prosador excelente, con especialidad en las cartas si se le perdona algun alambicamiento, quizá aumentó su fama la circunstancia de haber sido condenado al fuego por amores infames en 1550.

Anibal Caro nació pobre en la Marca, y sin embargo cualquiera le creeria Toscano; tal es la propiedad con que emplea los modismos mas expresivos de la lengua viva (1). Sirvió á los Farnesios, y escribió sus cartas; pero los escritos en nombre propio son verdaderos modelos. Quejase á menudo de la abundancia de versos y encomios que le dirigian personas desconocidas, pretendiendo les contestase, y de que los libreros imprimiesen sus epístolas (2);

(1) Escribe: « Declararé siempre que me reconozco deudor de lo poco que sé de lenguaje á la práctica adquirida en Florencia. » *Cartas*, t. III, c. 218 de los clásicos.

(2) « Por favor, señor Bernardo, cuando os escriba, de aquí

Epístolas.

Bandello 1480-1561.

Caro. 1507-63.

lo cual nos revela la pasión á los estudios que era entonces universal, y la importancia atribuida á los escritores. En efecto, una multitud de literatos de oficio, como Porcacchi, Atanagi, Dolce, Ruscelli, recogían todas las frivolidades de los autores mas ilustres para adornar con ellas tomos, cuyo único objeto era el lucro. Existen muchas colecciones de cartas impresas, farrago del cual algun hombre dotado de la suficiente paciencia pudiera extraer unos cuantos tomos, importantísimos no solo para la historia literaria, sino tambien para la política. Basta indicar las *Cartas de príncipes á príncipes*, reunidas por Jerónimo Ruscelli, y preciosas hasta el punto que habrá podido advertir el lector en las frecuentes citas que hemos hecho de ellas. Las de artistas tienen méritos particulares y mas libertad, dando á conocer la mayor ó menor instruccion de cada uno, y de qué modo el alma se deja ver no ménos en el lienzo que en las cartas.

Volviendo á hablar de Caro, diremos que estuvo toda su vida trabajando en sus obras, sin llegar á publicarlas; entregándose luego al reposo, pensó componer un poema, y para adiestrarse, se puso á traducir algo de la *Enéida*; pero como se sintiese ya viejo para emprender una epopeya, siguió y acabó aquella version en versos sueltos, cinco mil quinientos mas que el original. Desaparece de consiguiente la precision del idioma antiguo, la fidelidad se echa de ménos á veces ó por error ó por negligencia; pero se conserva la riqueza y la docilidad del autor, y es una obra poética; de forma que, despues de tantas pruebas y censuras, se considera el mejor ropaje que se ha vestido al inimitable Virgilio. Fué el primero que mostró de lo que era capaz el verso suelto enriqueciéndolo con una belleza infinita de armonias, frases y giros nuevos. Respira gracia griega en los *Amores de Dafnis y Cloe* segun el sofista Longo, mientras que aparece enérgico y grandilocuente al traducir al idioma vulgar algunos trozos de los Santos Padres.

Había escrito de órden de sus señores, en loor de los reyes de Francia, la cancion *Buscad la sombra de las lises de oro*, apartándose de la monotonía de los petrarquistas. Los servidores de aquella casa y sus muchos amigos elevaron aquella cancion hasta las nubes; pero no opinó del mismo modo Luis Castelvetro, Modenes de entendimiento agudo, el cual hizo circular una censura, seguida luego de otras, quizá sutiles, pero que revelan una severidad de gusto, rara en una época en que por lo comun la belleza se sentía y no se analizaba. El estómago impaciente de Caro no lo sufrió, y se descolgó con

Castel-
vetro.

en adelante, romped las cartas, pues no tengo tiempo de escribir casi á nadie, y mucho ménos de trazar con el compas en la mano cada letra. Los bribones de los libreros todo lo imprimen. Haced lo que os digo, si queréis que os siga escribiendo; de otro modo, declaro que no volveré á tomar la pluma para vos. Os hablo así, porque he visto en circulacion algunas de mis cartas, de las que me avergüenzo en lo íntimo de mi alma. »

apologías y respuestas, ya suyas, ya de otros, ya suyas en nombre de otros, fingiendo especialmente burlas en boca de los bolgazanes que frecuentaban la calle de los Banchi en Roma. Castelvetro respondió: se traspasaron las vallas de la moderacion, y se divulgó una de las mas ruidosas disputas de la república literaria, tan llenada de litigios. Castelvetro cometió la falta de ser provocador (1), y halló grato el mostrar agudeza y adquirir una celebridad de que carecia hasta entonces. Escribia las censuras con impetuosa prontitud y con la vivacidad propia del que ataca; pero Caro estaba ayudado por amigos, y principalmente por Molza y Varchi, quienes le daban dictámenes y le hacian correcciones, sin desterrar por eso el veneno de improprios abyectos. Nadie ha dicho villanías de plazuelas con mas elegancia que la que aparece en la *Apología* y en los sonetos de los *Matachines*, donde la bilis hizo poeta á Caro: imposible fuera oponer chistes mas ingeniosos á razones elevadas. Nobles damas, cardenales, el duque de Ferrara, todos se interpusieron como mediadores; pero inútilmente: los partidarios de Castelvetro denigraron á Caro ante príncipes y cardenales; habiendo sido muerto un amigo de Caro, la culpa se atribuyó á Castelvetro; al paso que se acusó á aquel de haber enviado sicarios contra este. Sin duda Caro habia escrito: « Creo que al fin me veré obligado á » tomar por otro camino, suceda lo que » quiera; » y se ha asegurado por alguno que, empleando los manejos infames con que hoy mismo los satélites del arte excitan á los gobiernos contra el censurado, denunció á Castelvetro á la Inquisicion. Á esta imputacion dió lugar, llamándole « filosofastro, impío, enemigo de Dios, que no cree en la otra vida; » y añadiendo « os recomiendo á los inquisidores, al barijel, al grandísimo diablo. » El hecho es que Castelvetro estimó prudente refugiarse entre los Grisones, y murió en Chiavenna.

Fué un crítico agudo y juicioso; y el que no se asuste de la prolifigilidad, halla en su *Poética de Aristóteles* mucha erudicion, observaciones delicadas, y libertad de corregir aun en aquellos pasajes para los cuales no tienen los comentadores mas que aplausos. Censura á menudo á Virgilio; encuentra en Dante pedantería de palabras científicas, desagradables é ininteligibles « á hombres idiotas, para quienes principalmente se componen los poemas; » acusa de plagiarlo á Ariosto, y le reprende tambien su infidelidad histórica, que llega hasta el punto de inventar, sin mas ley que su capricho, el nombre de los reyes; y dijo que en

(1) Casi nadie da la razon á Castelvetro; sin embargo, en cuanto á mí confieso que aquella cancion, considerada como una de las mas hermosas del Parnaso italiano, ademas de fastidiarme por su adulacion (cosa independiente, segun los pedantes, del verdadero mérito), me parece defectuosa en muchas partes. Las musas á la sombra de las flores de lis es una imagen falsa; es falso comparar á Francia con una gran concha entre dos mares y dos montes, y extravagante aquello de decir: *Id, Galos míos, ahora Galos perfectos*. Mas aun me repugna la sublimidad afectada.

Francia y España habia tan grandes escritores como en Italia.

Calcule el lector cómo se escandalizarian los pedantes que jamas los habian leído; cuánto se burló de él Varchi, que sostenia que Dante era superior á Homero. La disputa continuó; Bulgarino, por pique, se ocupó en buscar defectos en la *Divina Comedia*; Mazzoni se levantó en su favor. Los muchos comentadores del Petrarca empezaron á disputar acerca de las palabras, á alambicar cada voz, cada verso, cada sentimiento del cantor de Láura. ¿Existió en realidad su amante? Si solo era alegórica, ¿á quién representaba? Se escandalizaron cuando Cresci se atrevió á creer que era una mujer casada; y así de una cuestion nacian otras, mientras que Carlos V extingüia la libertad de Italia, y Lutero hacia vacilar á Roma.

En medio del culto tributado á las musas, se levantó el Ferrares Giglio Gregorio Giraldi (1479-1552), y sostuvo que la ciencia era, no solo vana, sino hasta peligrosa (*proginnasma*); calificó á la medicina de incertísima, á la jurisprudencia de embrollona, á la elocuencia y á la dialéctica de mentirosas y sofisticas, á la poesía de alabadora del vicio; dijo que los literatos eran imbéciles tratándose del gobierno de las ciudades y de las familias, y que Roma, grande mientras fué ruda, se corrompió con la civilizacion. Son las paradojas sugeridas al filósofo ginebrino por sus accesos de soberbia, y que en Gregorio Giraldi provenian de sus accesos de gota; este último concluye declarando que habia escrito puramente para ostentar ingenio. Quizá urdió por penitencia la historia de los dioses, y luego la que es todavia mas escabrosa, es decir, la de los poetas precedentes y de los contemporáneos.

Jerónimo Muzio (1496-1575), natural de Padua, de ingenio universal, diplomático y guerrero, literato y teólogo, prosador y poeta, disputador continuo, publicó el catálogo de las innumerables obras que pudieron « salir de la pluma de un hombre que, desde los veintinueve años de edad hasta los setenta y cuatro, habia servido constantemente, habia trabajado en todas las córtes de la Cristianidad y vivido en medio de los ejércitos armados, pasando la mayor parte de su tiempo á caballo y teniendo que ganarse el pan á costa de grandes fatigas. » Escribió un *Arte poética* notable por la independencia de los juicios; en él censura la dureza de los versos de Dante, la molicie de Petrarca, los versos prosáicos, y al contrario la prosa poética de Boccaccio; prefiere las comedias de Ariosto al *Orlando*; y ciertas verdades le harian acreedor á alabanza, si no debieran su origen al frenesí de conciliarse el afecto de las cábalas; frenesí que le acompañó toda su vida. Combatió á Amaseo, el cual relegaba la lengua italiana á las plazuelas; pero no la creía tomada de una sola ciudad ó provincia, sino de todas las ciudades de Italia; « una ensalada, dice, de diferentes yerbas y flores. »

Hablamos por separado de los historiadores, que sin duda son los mejores escritores de la época: lo único que dirémos ahora es que ni aun ellos evitan la prolijidad comun, ni los pormenores inútiles al objeto. Solo el Florentino Bernado Davanzati (1606), con el propósito de mostrar que el idioma italiano puede igualar al latin en enérgica brevedad, aumentó la concision del mas conciso entre los historiadores antiguos; y si bien usa de algunos retruécanos que disienten de la dignidad del narrador, las mas de las veces entiende perfectamente el original, y lo reproduce sin desnaturalizarlo, habiendo quedado como insigne modelo de traductores. Su *Cisma de Inglaterra* es una traduccion ó un compendio de Nicolas Sander, cuya languidez consiste en haber pasado en silencio la parte política; sin embargo hácia el fin juzga bastante bien á Enrique VIII.

La poesía italiana renació con Lorenzo de Médicis, que la protegió de una manera mas razonable que su padre y la sostuvo con su ejemplo. Mas bien por imitar al Petrarca que por pasión, celebró á Lucrecia Donati valiéndose de sutilezas platónicas; hizo felices ensayos en la poesía pastoril y satírica, y compuso canciones para las fiestas que á su costa y bajo su direccion alegraban el carnaval. En el poema del *Ambar*, encomió una quinta suya; en la *Nencia da Barberino* empleó el dialecto de los campos para galantear con vivacidad y naturalidad indecibles á una labradora; en la *Altercazione* expuso conceptos de filosofía platónica, y en los *Beoni* una sátira de la embriaguez. Escribió tambien inspirado por su madre himnos sagrados, que se cantaban como los de fray Jerónimo (1).

La poesía debió mas á Angel Poliziano, que compuso en medio de sus estudios filosóficos y filológicos (1454-94) las *Stanze* para la justa de Julian de Médicis. Habiéndolas empezado con un vasto plan, conoció que el héroe no era tan ilustre como requería un poema, y las interrumpió, pero cuando ya habia elevado la octava á una magnificencia digna de los grandes épicos futuros. En 1483, á instancia del cardenal Francisco Gonzaga, compuso en dos dias el *Orfeo*, que es el melodrama mas antiguo, y se representó en Mantua; quizá se cantaban únicamente los coros, y se recitaba lo demas. La accion es escasa, y está toda en diálogo; el modelo son las Bucólicas de Virgilio, que era el autor mas conocido y admirado á la sazón.

Habiéndose hecho de moda la poesía, en ningún tiempo se versificó tanto, desde las primeras hasta las últimas clases. Siguiendo el ejemplo de Bembo, que habia imitado al Petrarca, nació la inmensa fecundidad de los autores de

(1) Se menciona tambien á Feo Belcari, noble florentino (1841) que compuso muchos himnos, y trató siempre de asuntos religiosos, mostrando sencillez en una época en que se usaba el estilo embrollado y lleno de giros y voces latinas.

Devan
zati.
1529-
1606.

Poetas.